

ejercer una influencia suficiente para sustituir su nombre al de sus predecesores. No se sabe cuál es el origen de ese elemento nacional; quizá no fuese sino una clase aristocrática separada de la masa de los súbditos; pero más se cree que se compuso de viajeros procedentes en su mayor parte de la Arabia oriental. Llegando en grupos compactos unos cuatro mil años antes de los tiempos actuales, fundaron gran número de principados en la parte meridional de la Mesopotamia y después llegaron a ser los amos en la Babilonia propiamente dicha¹. Siendo semitas como otros inmigrantes venidos del Norte y del Noroeste, impusieron poco a poco su lenguaje a los residentes de la comarca. El idioma akkadio se transformó gradualmente en un lenguaje sagrado, hierático, que se continuó empleando en los misterios religiosos, como nuestro latín de iglesia, después de cientos y miles de años de haber cesado de hablarse vulgarmente por los habitantes del país. ¿No son las fórmulas místicas tanto más poderosas cuanto son menos comprendidas? ¿No tienen los amuletos tanta mayor virtud cuanto menos se adivinan sus signos? El akkad era lo menos diez siglos después una lengua muerta que se enseñaba todavía en los seminarios de Babilonia². Usábase para los oraciones, para la magia y para la astrología; en nuestras lenguas se conservan, en cierto número, palabras akkadias, lo mismo que en nuestra mitología han quedado múltiples huellas de su concepción del universo. En cuanto al nombre de Caldeos, se ha perpetuado igualmente, pero fuera de su sentido primitivo, se le aplica históricamente a las poblaciones de la Mesopotamia; en tiempo de los Romanos no tenía otra significación que la de «astrólogo» o «mago»; ahora se le reserva, en un sentido especial, a una secta cristiana de origen semítico, de la cual existen algunos restos sobre las mesetas del Azerbeidjan y en las montañas de los kurdos.

La notabilísima leyenda de la confusión de las lenguas que se produjo entre los constructores de la Torre de Babel, basta para demostrar cuántos inmigrantes de toda raza se habían reunido en las tierras ribereñas del bajo Eufrates en aquellas épocas lejanas; pero esos elementos étnicos diferentes, sometidos a la influencia

¹ Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 11.

² Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*, t. II, ps. 151, 152.

preponderante de los Semitas, acabaron por «semitizarse» por completo, como debieron hacerlo los Akkadios, que sin embargo habían gozado durante un largo período de la dominación política y de la iniciativa intelectual. A lo menos seis mil años después, las poblaciones de las riberas del Tigris, en el país de Assur, y los habitantes de la Mesopotamia septentrional se identifican con esta

raza de Semitas que acabó por ocupar por completo toda la comarca comprendida entre el país de Irán y el Mediterráneo, entre los montes de Armenia y el océano Indico¹.

Hace cuarenta y cinco siglos eran especialmente Semitas del grupo «cananeo», quienes dominaban en Babilonia, escogida por ellos como capital de toda

la comarca. Los nombres de los reyes no dejan ninguna duda a este respecto². Pero antes que los «Cananeos», otros Semitas vinieron a chocar contra las poblaciones de la Mesopotamia, sin haber conquistado el país: fueron simplemente bandidos, y su nombre Khabiru, en el que se reconoce el de los Hebreos mencionados por la Biblia como los antepasados de los Judíos, pa-



HEBREOS EN TRABAJOS DE SERVIDUMBRE

De un bajo-relieve de Kujundchik.

¹ Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 8.

² Id., *loc. cit.*, p. 12.

rece haber sido sinónimo de «Beduinos». Los Hebreos de aquel tiempo eran pastores nómadas y, como los que les sucedieron en la región y que por otra parte pertenecen a la misma raza, hacían rápidas incursiones en las comarcas ricas y fértiles de la Potamia cuando se les presentaba ocasión favorable. En la época en que los anales caldeos hablan de esos molestos vecinos, la semitización de los habitantes estaba ya hecha; unas tribus de lengua emparentada con la de los Kabires se habían establecido como dueñas y con residencia fija en el país.

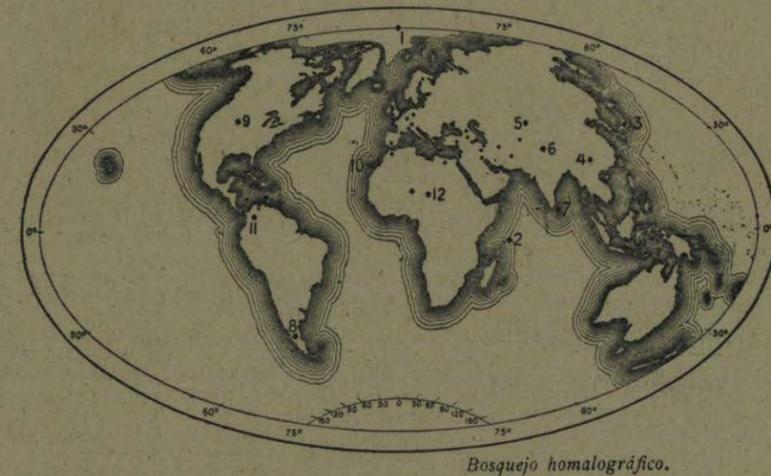
¿De dónde provienen, pues, esos pueblos de Sem que constituían el gran imperio de Nínive y de Babilonia? Acaso este problema sea insoluble, ya que se ignora si los Semitas constituyen realmente una raza única, o si provienen de troncos diferentes, porque nada permite afirmar que los Asirios del alto Tigris, por ejemplo, y los Arabes del mar Rojo y de la extrema Arabia tengan los mismos antepasados; pero admitiendo que la agrupación de las naciones sea desde el punto de vista genealógico lo que es actualmente respecto del parentesco de los lenguajes, se tiene el derecho de preguntarse de dónde han venido a Mesopotamia los elementos más activos de población y de renovación. Según Sprenger, los Arabes son los Semitas por excelencia y de su península emigraron sucesivamente las diversas agrupaciones, de donde se originaron Asirios y Caldeos, Fenicios y Judíos: ve en todos los representantes de la raza «otros tantos sedimentos árabes separados capa tras capa»¹. Renan, Schrader, Gesenius y de Sarzec exponen en otros términos la misma hipótesis.

Sin embargo, puede también preguntarse si el grueso de las naciones semíticas desciende de la región de los ante-montes y quizá de las montañas de Armenia al norte de las llanuras que recorren los grandes ríos; ¿no es natural buscar un centro de natividad humana en un país rico en manantiales, en terrenos fértiles, en plantas y en animales, mejor que en el árido desierto donde el hombre ha de penar tanto para sostener su existencia? Hasta se ha aventurado una etimología del hombre de Sem, según la cual esta apelación se debería al país de Sim, parte oriental del Taurus armenio, que está realmente habitado por Semi-

¹ *Die alte Geographie Arabiens*, pág. 293.

tas emigrantes. Esta filiación de términos no está quizá justificada, porque la explicación ordinaria que ve en el nombre de Semitas, como en el de tantos otros pueblos, el efecto de un orgullo colectivo de nación es igualmente plausible; en virtud de esta interpretación, los Semitas serían las gentes de la «gloria», los hombres por excelencia que brillan entre todos los demás como los mejores, los más inteligentes y los más bellos; su nombre sería idéntico al de «Slava», que designa también toda una raza, la que puebla el oriente europeo.

N.º 83. Algunos Paraísos, montañas del Arca, etc.



- | | |
|----------------------------------|--|
| 1. Polo Norte. | 7. Pico de Adam, Ceylan. |
| 2. Isla de Praslin, Seyquelles. | 8. Ciudad de los Césares, Patagonia. |
| 3. Fuzi-yama, Nippon. | 9. Algún pico de la América del Norte? |
| 4. Monte Omi, Setchuen. | 10. Islas Afortunadas, Canarias. |
| 5. Khan-Tengri, Montes Celestes. | 11. Eldorado, Nueva Granada. |
| 6. Meru, Himalaya. | 12. Hadjar Taus, lago Trádé. |

(El mapa n.º 84 completa las indicaciones del presente.)

Cualquiera que sea el origen del nombre, es indudable que las leyendas y las plegarias de los Semitas se dirigen hacia el Norte como patria de los abuelos. El mito que en todo tiempo excitó más las imaginaciones, el del Paraíso, presenta también el mismo sentido para los que estudian su génesis primitivo. Naturalmente, la multitud de los comentadores, a quienes una palabra, un signo, interpretado conforme al deseo del exégeta, basta a veces para deducir toda una teoría, se ha acogido a esta leyenda del Pa-

¹ Gesenius, Bohlen, Fr. Lenormant, etc.

raíso para explicarla de mil maneras diferentes. El mapa de Asia representa el sitio del jardín paradisíaco en los más diferentes lugares, sea para satisfacer alguna vanidad nacional, sea para acomodarse más fácilmente a ciertas concepciones históricas o religiosas.

Hasta se ha supuesto que el polo Norte pudiera ser el verdadero lugar del famoso jardín: siendo la región de los hielos la que se enfrió antes que las otras, así debió de ser necesariamente, según el inglés E. S. Martin, la residencia de nuestros primeros padres. Mas, sin ir a buscar el paraíso tan lejos de las campiñas de la Mesopotamia, no es menos cierto que las tradiciones míticas mencionan una «montaña del septentrión», mansión del señor de las luces, del padre de los genios celestes, manantial de las aguas, eje sobre el cual giran los cielos.

Los templos piramidales de Caldea y de las otras comarcas «potámicas», habían tomado por modelo el «alto lugar» por excelencia, es decir, la montaña sagrada del Norte, y, como ella, tenían la pretensión de elevarse hasta el cielo sobre las nubes. Al principio, cuando la leyenda tomó cuerpo, la montaña era ciertamente un pico bien conocido, una punta venerada, una personalidad terrestre, sagrada entre todas; pero alejándose de la cima protectora que habían visto erigirse sobre su cuna, los pueblos olvidaron su sitio, y en sus viajes de emigración, transfirieron sucesivamente su adoración de cima en cima. Habiendo desaparecido de su horizonte y aun de su recuerdo los países lejanos, se vieron obligados a situar en sus contornos el sitio de su adoración, y aun a crearle completamente por su constante trabajo. El Demavend, el Elvend o cualquier otro monte del oriente iraní fue en un principio el «Padre de las comarcas». ¿Y de qué cumbre habla el profeta Isaías¹ glorificando el «trono de la asamblea que se eleva sobre las estrellas del Dios Fuerte hacia el Septentrión?» Quizá del Ararat o del Cáucaso, poco importa, porque la superficie de la Tierra está erizada de montes sagrados, y hasta en las extensas llanuras se construyen cimas artificiales. Es, pues, una tentativa vana la pretensión de identificar tal o cual montaña como habiendo sido el templo de todas las

¹ Cap. XIV, vers. 13.

naciones a la vez, o hasta el de un solo pueblo como los Caldeos o los Judíos.

Así las pirámides escalonadas, y lo que de traducción en traducción, y de cambio en equivocación, ha llegado a ser, en la historia de las visiones antiguas, la famosa «escala de Jacob», no eran otra cosa, en la forma primera de la leyenda, sino montañas artificiales, tramos de pisos en gradación por donde subían los ángeles llevando su adoración a los dioses. Esos montes, contruídos por los hombres, eran otros tantos símbolos de la divina cumbre; pirámides de las siete puertas, consagradas a los siete planetas. Y los «jardines suspendidos» de los reyes babilónicos ¿no eran también paraísos artificiales, que se sobreponían en terraplanes a grandes alturas sobre pisos abovedados que recibían aguas abundantes elevadas por poderosas máquinas hidráulicas? Ese curso de las aguas simbolizaba los ríos sagrados nacidos sobre las altas cumbres de los montes¹.

Por lo demás, parece probable que los reyes babilónicos aprovecharan la veneración del pueblo hacia los templos escalonados para hacerse enterrar en ellos, lo mismo que sus colegas de Egipto se hacían enterrar en las Pirámides².

El término persa «paraíso», de origen probablemente reciente, a lo más de unos cuatro mil años, no se aplicaba primeramente más que a los parques de caza, «pairi-daiza», sitio cercado de paredes, y no se refería en manera alguna a sitios de felicidad perfecta tales como se les concibe en el sentido actual de la palabra; sin embargo, esos bosques reservados de los reyes persas, situados en las cercanías del Elvend o de otro monte grandioso, serían agradabilísimos por la pureza del aire, la frescura de las aguas, la esplendidez de la vegetación y la abundancia de la caza, toda vez que ese nombre de «paraíso» ha llegado, en nuestras lenguas occidentales, a ser sinónimo de «jardín delicioso», y hasta de «beatitud eterna»; no obstante, entre los Iránios, conservó siempre significación profana: la palabra destinada a expresar el lugar místico de felicidad pura es *vara*³, análoga a la de «Edén», empleada en los libros sagrados de los

¹ Oppert, *Expédition en Mésopotamie*, t. III, ps. 56 y siguientes; Ch. y F. Lenormant.

² Alfred Jeremías, *Hölle und Paradies bei den Babyloniern*.

³ Dillmann, C. de Harlez, Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, ps. 64 y siguientes.

Hebreos, con la significación de «lugar de la alegría» o de la «voluptuosidad».

Todos los paraísos hubieron de tener para el hombre, además de su belleza propia, un elemento que les embelleciese al infinito, el de un recuerdo de dolorosas penas. Los que les nombraban recordaban haberse visto forzados a abandonarles huyendo de alguna invasión de bandas enemigas, de algún diluvio o de temblores de tierra: veían paraísos en aquellos lugares, sobre todo porque eran perdidos; pero la esperanza se mezcla de diversos modos a las amarguras del pasado, y en todos tiempos hubo también paraísos del deseo, «tierras de promisión». Los antepasados habían sido dichosos, ¿por qué no habrían de serlo igualmente sus descendientes? Allá arriba, sobre las montañas blancas o vaporosas; o más lejos aún, al otro lado del horizonte, hacia aquellas misteriosas regiones donde sale el sol; o en dirección de aquellos otros lugares donde el astro se ponía en la púrpura de las nubes; o quizá en los espacios desconocidos adonde se dirigían las aves en sus largas emigraciones, ¿no encontraría acaso la humanidad el país de sus ensueños, el lugar sagrado donde no habría de sufrir hambre ni sed, cansancio, servidumbre ni muerte?

Cada raza, cada pueblo, cada tribu tuvo también sus paraísos, y la historia geográfica nos los muestra a centenares, brillando



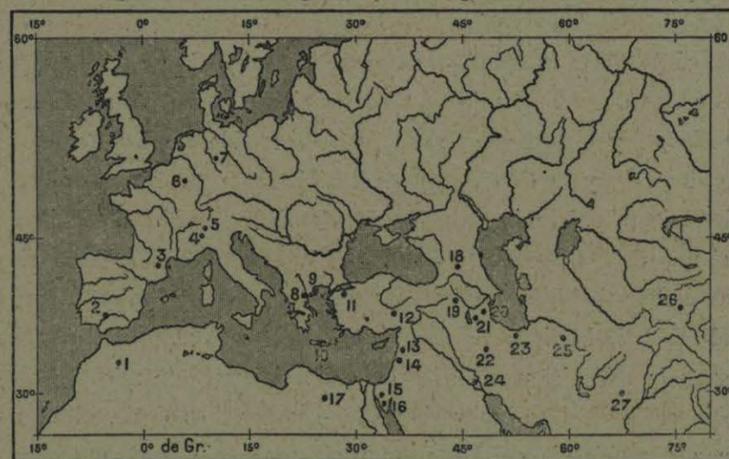
ADÁN Y EVA

De un bajo-relieve recogido por G. Smith y reproducido por Delitzsch.

como clavos de oro sobre la circunferencia del planeta, desde las montañas del Nippon hasta la ciudad de los Césares, en los valles de la Patagonia septentrional. Hasta puede preguntarse si entre las grandes cimas de penoso acceso se hallará una sola que no haya sido considerada como un «Olimpo», por los pueblos que las contemplaban desde su base. Los «Montes Celestes» o Thian-Chan, al este del Irán, toman su nombre de la suposición o de la creencia que en ellos existe un mundo superior, y ¡cuántos otros macizos o picos ais-

lados deben nombres análogos a un sentimiento de la misma índole! Tal es el Mustagh-ata, aquel grandioso monte de 7.500 metros de altura que Sven-Hedin trató en vano de escalar por cuatro veces hasta la cima: dícese que allá arriba existe un valle delicioso, donde serpentea un río bajo árboles frondosos, que llena un lago cuyas aguas jamás agitan las tempestades; blancos camellos pacen el espeso césped, y bellos ancianos de lengua

N.º 84. Algunas montañas sagradas y valles paradisíacos en la Eurasia



Proyección Mercator.

1 : 100 000 000

0 1000 3000 6000 Kil.

- | | |
|--|---|
| 1. Atlas y Hespérides de Mauritania. | 14. Hermón, monte sagrado. |
| 2. Hespérides del Betis. | 15. Horeb, » |
| 3. Canigó; pico de Brigue, montes sagrados. | 16. Sinaí, » |
| 4. Paradiso, monte sagrado. | 17. Amenti, (mansión de los muertos) y Hespérides de Cirenaica. |
| 5. Mont Rose, valle paradisíaco. | 18. Kazbeck, monte sagrado. |
| 6. Slerck, colina del Arca. | 19. Ararat, monte sagrado. |
| 7. Brocken, monte del Arca. | 20. Savalan, monte sagrado. |
| 8. Olimpo de Tesalia, mansión de los dioses. | 21. Sehend, monte sagrado. |
| 9. Athos, monte sagrado. | 22. Elven, monte sagrado. |
| 10. Ida, monte sagrado. | 23. Demavend, monte sagrado. |
| 11. Olimpo de Bitinia, monte sagrado. | 24. Baja Caldea, paraíso terrenal. |
| 12. Argeo; monte sagrado. | 25. Valle paradisíaco de Khorassan. |
| 13. Siria baja, valle paradisíaco. | 26. Tagharma o Mustigh-ata. |
| | 27. Sulaiman-dagh, montes sagrados. |

barba vestidos de blanco conversan a la sombra de frutales cargados de frutas. Desde hace miles de siglos, una ciudad, Janaidar, habitada por inmortales, siempre dichosos y sonrientes, refleja sus edificios en el agua pura. Una leyenda casi idéntica se cuenta en el Valais sobre el valle perdido que algunos buscan todavía en el macizo del monte Rose¹.

¹ Javelle, *Souvenirs d'un Alpiniste*.

Colocados en el Irán o en la Armenia por los habitantes de la Mesopotamia, los paraísos se localizaron pronto en la cuenca del Eufrates por los Semitas occidentales, y uno de esos jardines de la llanura fué el que, debido a los libros sagrados de los Judíos, dejó su ilusión más largamente continuada por la imaginación de los hombres. ¿Dónde se encontraba exactamente esta admirable campiña que tan bella ha quedado en el recuerdo de los Hebreos, que hicieron de ella el lugar de nacimiento de su primer padre, el jardín de la inocencia donde era desconocido el pecado? No es posible identificar el lugar de aquel edén mítico de Caldea, porque las castas sacerdotales de las diversas ciudades rivalizaban en pretensiones, y ciertamente, según la emigración de los cultos, la construcción y la destrucción de las ciudades, se designó el emplazamiento del lugar sagrado en los diferentes sitios. Babilonia fué uno de los puntos de elección. El antiguo nombre de la ciudad es Tin-tir-ki, lo que incontestablemente quiere decir «el lugar del árbol de la vida», el árbol que ocupaba el centro del paraíso terrenal; además, una de las denominaciones de la misma Babilonia es la de Gan-Dunyach o Kar-Dunyach, es decir, el «Parque» o residencia del Dios Dunyach, personaje que ha quedado en la obscuridad de un mito no explicado todavía. Por otra parte, las leyendas designan expresamente como el verdadero jardín de Edén el confluente de los ríos sagrados el Tigris y el Eufrates¹. Un grupo de palmeras existente en la punta de Korna, sobre el encuentro de las dos corrientes, señala, según los ribereños, el sitio mismo donde se elevaba el árbol del fruto temible que nos dió el conocimiento del bien y del mal. Las ruinas de Eridu, la «ciudad del buen Dios», quizá la ciudad más antigua de Caldea, se extienden por las inmediaciones de la confluencia, sobre la orilla izquierda del Eufrates. Según la leyenda de los Musulmanes, probablemente legada por los Israelitas, el cuerpo de Adán, el antepasado universal, nacido de la tierra roja, es decir, del limo del Eufrates, reposa en las ruinas de Kufa, al sud de Babilonia, no lejos de las puertas del antiguo «jardín de la voluptuosidad» de donde le había desterrado la espada del querubín.

Así como el mito del paraíso terrenal descendió originariamente

¹ Henri Rawlinson, Schrader, Lenormant, etc.

de las altas montañas de Oriente hacia las llanuras de Caldea, del mismo modo continuó su marcha, de campiña en campiña, hacia Occidente con los pueblos y sus cultos. Así se imaginó otro Edén o paraíso entre el Líbano y el Anti-Líbano, en un valle que, según Ptolomeo, era una mansión de «felicidades». Y más lejos hacia el Oeste, en el mundo helénico o más allá todavía, ¿qué fueron los diversos jardines de las Hespérides, el de la Cirenaica, los de la Mauritania, del Betis y de las islas Afortunadas, sino otros paraísos, lugares de esperanza que reemplazaban a los países del dolor? Después, en aquella maravillosa época en que se vió surgir el Nuevo Mundo sobre la otra orilla del Atlántico, ¿no declaró el mismo Colón que el gran río cuyas aguas se vierten en el golfo Triste desciende del Paraíso terrenal, y no buscó ese paraíso bajo mil formas en mil sitios para ver si en él encontraba, la fuente de Juvencia, o bien los incomparables tesoros del Eldorado, «el Hombre dorado?» Aun se buscaría ese paraíso si la geografía no hubiese al fin formado el inventario del planeta y reconocido la unidad de las leyes en todos sus fenómenos.

De las múltiples suposiciones relativas al paraíso, la más extraña quizá es la de Gordon, el vencedor de Tai-Ping y el héroe de Khartum. Este soldado fanático nos describe la isla de Praslin, en las Seyquelles, como el pretérito Edén bíblico. Es cierto que no corren alrededor del jardín insular los «cuatro ríos» de que habla la antigua escritura, pero no importa, corrieron antiguamente: la isla estaba unida al continente. El Tigris y el Eufrates, que recorren el espacio convertido en nuestros días en el golfo Pérsico y el mar de Oman, desaguaban en el Océano próximo, en tanto que el Nilo y el Gihon, el torrente actual de Jerusalén, se reunían en el valle que llena en nuestros días el Mar Rojo, y, rodeando Socotora, iban a juntarse con los dos ríos de Caldea. Todas las otras partes del texto se explicaban por Gordon de una manera análoga: el árbol de la vida sería el árbol del pan, el maravilloso nutricio de los insulares, y habría de verse el árbol de la ciencia del bien y del mal en el famoso cocotero de mar o *Lodoicea Secheyllarum*¹. Un escritor de más amplias miras en su vista del conjunto geográfico, no va a bus-

¹ J. v. Zaffauk von Orion, *Mitteilungen der geographischen Gesellschaft, in Wien*, número 5, 1900.

car el jardín de la vida en un estrecho cercado, en un islote de los mares, y se pregunta si no ha de identificarse ese lugar paradisiaco con el mundo conocido que regaban los cuatro grandes ríos: el Tigris, el Eufrates, el Indus y el Nilo. Las leyendas, que confunden fácilmente el cielo, la tierra y el infierno, no se cuidan ni remotamente de la precisión de los detalles. Los cuatro poderosos cursos de agua eran probablemente los que más habían fijado la imaginación de los hombres: era, pues, muy fácil que se les asociase en un mismo cuadro¹.



INFLANDO LOS ODRES

De un bajo-relieve de Khorsabad.

La existencia de las grandes corrientes fluviales, que modificó tan poderosamente la idea primera del paraíso—imaginado en primer término como una montaña del Septentrión,—debió obrar con la misma eficacia sobre el conjunto de las costumbres y de las ideas generales. Así la labor en las tierras grasas, formadas de aluviones fluviales, tomó un carácter muy diferente del de la agricultura en los valles del contorno iránico: en las tierras bajas, en los límites del desierto y, no obstante, en pleno suelo fangoso, «con la cabeza en el fuego y los pies en el agua», fué como los agricultores potámicos a cultivar la palmera, planta que ha llegado a ser esencialmente humana, puesto que ya no tiene

¹ Alfred Loisy, *Les Mythes babyloniens*.

existencia espontánea: pura obra del hombre, de la cual éste hizo un dios¹. Del mismo modo el arte de la navegación debió nacer a la orilla de los grandes cursos de agua de la llanura, cuando sobre las altas tierras de la Irania los pueblos primitivos no habían tenido ocasión alguna de aprender esta industria. Los arroyos y los ríos de la meseta son hilos de agua sin profundidad, prontamente absorbidos por la arena del desierto o la



ALMADÍA CON ODRES INFLADOS

De un bajo-relieve de Khorsabad.

sequedad del viento; los lagos escasos, llenos de bancos y pantanos, que ofrecían vados a jinetes y peatones, no podían tampoco dar nacimiento a la profesión de los bateleros en aquellas épocas lejanas. En el Tigris y en el Eufrates, por el contrario, los ribereños tuvieron todo género de facilidades para hacerse hábiles navegantes. Aun en los sitios donde los dos ríos se deslizaban en sus desfiladeros con una corriente muy rápida, veíanse troncos de árboles que descendían al nivel del agua, y no faltaba más que juntarlos formando almadías para tener vehículos al servicio las personas y de los productos. Más abajo, en la región de los bosques, los pueblos de las orillas aumentaron la facilidad del flote de esas almadías sosteniéndolas con los pellejos de sus animales convertidos en odres.

¹ De Saxe.—Rivières, *Bulletin de la Société de Géographie de Argel*, 2.^a trim., 1903.